

CAPITULO II

1894.

No es ajeno al plan de esta obra tratar en ella de la literatura, la crítica y el periodismo, y no faltan en sus capítulos numerosas referencias á los literatos, los críticos y los periodistas de pasadas épocas. Los de la actual, amplia materia darían para escribir no sólo uno sino muchos capítulos, no me disgustaría el escribirlos y no obstante no lo haré. Créome, y bueno es decirlo antes que lo diga otro, créome, repito, poco ó nada autorizado para juzgar á los demás, y por otra parte no deseo concitarme enemistades. Dejemos pues á cada cual en sus propias opinión y fama, y limitándome á mi tarea humilde de cronista, relatemos hechos, reservando mis propios comentarios y dejando al lector en libertad de hacer los suyos. Pero una vez más téngase presente, y por si acaso alguna vez me saliese de esa regla de conducta, que no trato de imponer á nadie mi modo de pensar; que no escribo para quienes pasan ó se hacen pasar por sabios y ni aun me cuido de solicitar ni siquiera su atención, pues me basta y satisface el conocimiento que tengo de la inutilidad de las discusiones y de la dificultad de convencer á quien por capricho ó de buena fe opina ó cree á su propio modo en materias de gusto. Digo modestamente el mío, en uso de mi derecho y sin atacar el de los demás, sin crearme obligado á sacrificar el mío al ajeno, así éste se apoye en la pretendida ciencia de las minorías ó en la discutida fuerza del mayor número.

Triste fué el año de 1894 para las letras mexicanas. Casi en sus primeras horas, á los repiques con que siempre se acoge lo nuevo y lo desconocido, mezcláronse los dobles funerarios que las campanas de la prensa hicieron sonar por ilustres muertos. D. Francisco Pimentel, profundo escritor, digno contendiente de Ignacio Ramírez, poeta á los quince años y desde los primeros días de su juventud experto filólogo é historiador en lenguas y asuntos indígenas, biógrafo y crítico muy laborioso, desapareció del mundo de los vivos, con general sentimiento de sus admiradores y de los que le respetábamos por su ciencia y sus muy bellas cualidades. D. Ignacio Luis Vallarta, honor del foro mexicano, y también de las letras en su ramo y en

su profesión, murió á su vez en esos días, y en el 1.º de Enero falleció D. Vicente García Torres, editor del antiquísimo periódico *El Monitor Republicano*, y de diversas revistas de literatura como *El Semanario* y *El Panorama de las Señoritas*, *El Arco Iris*, y *El Apuntador* tantas veces citado en esta mi *Reseña*: no pretendió nunca señalarse como notable escritor, pero siempre fué aficionado á las letras, y las protegió y ayudó cuanto pudo y á sus empresas convino, y á muchos periodistas sostuvo y á varios dió á conocer y enseñó á hacerse estimar: esta mi mención que de él hago es tanto más espontánea y desinteresada, cuanto que puedo decir que jamás tuve negocios con él ni casi cambiamos un saludo.

En la lista de desaparecidos en ese año figura después el nombre de José Tomás de Cuéllar, notable poeta, autor dramático y singular escritor de costumbres nacionales, muerto el 11 de Febrero. No tardó mucho en seguirle el poeta y literato jalapeño Ricardo Domínguez, que, aún joven, al morir habíase ya distinguido por la belleza de algunas de sus composiciones y por lo útil de varios de sus libros. En 6 de Marzo falleció en Guadalajara, otro escritor mexicano, Francisco P. Covarrubias, periodista habilísimo y ameno narrador.

El martes 8 de Mayo, á las once de la mañana, llorada por una familia de la que fué la bendición, por extenso círculo de amigos de que fué el orgullo, por la sociedad mexicana de que fué gala y ornato, y por las letras patrias de las que seguirá siendo una gloria, falleció en la Capital la excelente hija, la ejemplar esposa, la cariñosa madre, la fiel amiga, la distinguida dama y la muy notable escritora y poetisa Josefina Pérez de García Torres. Bastantes años hacía, relativamente, que Josefina Pérez recreaba á los amantes de la bella literatura con sus delicadas composiciones, venidas de los sin rival jardines jalapeños en que nació la poetisa. Con júbilo y entusiasta aplauso acogieron sus primeras composiciones literatos de tan singular renombre como Acuña, Ignacio Ramírez y Altamirano, para no citar sino nombres ya consagrados por la posteridad. Joven, modesta y virtuosa, y muy dedicada á las obligaciones y deberes de familia que jamás pospuso á sus aficiones literarias, sus poesías rebosan en el indecible encanto de ternuras íntimas, dulces tristezas y fundadas ilusiones, que largo tiempo se vieron realizadas. Escribió mucho aunque publicó poco; aquello, porque los versos brotaban espontáneos y naturales en su imaginación; ésto, porque no le hubiesen dado tiempo para revisar pruebas, sus solícitos cuidados de amante esposa y madre ejemplar. Su inspiración tocaba con facilidad elevados asuntos, y no faltan en sus producciones, notables poemas de interesante fondo y de hermosas y atrevidas imágenes. Sus composiciones siempre fueron muy buscadas y leídas por el bello sexo, al que sabía hablar como pocas poetisas, causa y razón de las innumerables y ar-

dientes simpatías de que disfrutó en los hogares de la insuperablemente virtuosa mujer mexicana. Duerma en paz la que tanto supo honrarla como hija, como esposa, como madre, como dama y como escritora, y sean gratas á su espíritu estas breves líneas consagradas por nuestra admiración y por nuestro respeto, á la buena memoria de la distinguidísima poetisa Josefina Pérez de García Torres.

Veinte días más tarde, el lunes 28 del mismo Mayo, á las diez y media de la mañana, falleció en su residencia de San Pedro de los Pinos, próxima á Tacubaya, el insigne poeta Luis Gonzaga Ortiz, el amable trovador del bello sexo, el de los versos armoniosos y dulcísimos, el de las delicadas imágenes, el prosista correcto en cuentos, leyendas y revistas, el amigo bueno y fiel, el caballero singularísimo.

Su muerte redobló el luto que en el santuario de nuestras mejores amistades había ya extendido el fallecimiento del insigne maestro Ignacio M. Altamirano, el 13 de Febrero de 1893, fecha del último día de aquella existencia consagrada por entero á hacerse querer y respetar por el talento y la virtud que en él como en pocos hombres resplandecieron, tan inagotable el uno, como indiscutible la otra: su muerte ocurrió en San Remo á donde en busca de salud había ido desde París en que se hizo querer y respetar tanto como entre los discípulos y amigos que de México le vimos alejarse el 21 de Agosto de 1889, después de haber mezclado con las suyas nuestras lágrimas en la solemne despedida del 5 del mismo mes, en la velada literaria dispuesta en su honor por el Liceo: hasta ese día, y desde que fué restablecida la República en 1867, la literatura contemporánea, entre nosotros, le debió todo su esplendor por él procurado con el ejemplo y con el consejo, según consta en tantas y tantas páginas de esta mi *Reseña* tan nutrida en su gratísima memoria. A ese su patriarcado de las letras vino con las glorias logradas por su patriotismo en las guerras contra el Imperio y la Intervención francesa, en las de defensa de la Reforma y en las de combate á la Dictadura, y con el prestigio de sus triunfos en la tribuna parlamentaria, por nadie mejor pintados que por el periódico francés *L'Estaffete* en un párrafo que dice así: "Toda la ciudad resuena todavía con el discurso pronunciado en la Cámara por el Sr. Altamirano: su manera de decir es concisa y de una firmeza notable; la fuerza de su palabra consiste, sobre todo, en una argumentación cerrada, encadenada sin arte aparente, pero rigurosamente apoyada en citas históricas, oportunas y bien escogidas; jamás se ha oído en México un orador tan enérgico y arrebatador:" y quien tales elogios merecía y así comenzaba venciendo, era una personalidad nueva enteramente, un abogado recibido en 1859, un modesto estudiante inscrito en el Instituto de Toluca en 1849; un pobre indígena nacido en Tixtla, capital del Estado de Guerrero, el 13 de Noviembre de 1834. De él dijimos en un libro publicado en Madrid

en 1878: Se le llama, y lo ha sido, *el maestro*: con entera justicia se le considera el patriarca de las actuales generaciones literarias: él ha fundado ó contribuido á fundar las primeras sociedades en su género: él ha creado y dirigido muchos de los primeros periódicos y semanarios; ninguno de sus compatriotas ha reunido mayor número de diplomas de corporaciones científicas y literarias extranjeras: como profesor, ha desempeñado en los establecimientos oficiales las cátedras de latinidad, de derecho administrativo, de historia general y de México, de Filosofía y de Elocuencia: sus principales obras son: *Rimas*, preciosa colección de poesías; *Movimiento literario en México*; *Dramaturgia mexicana*; *Baltasar*, *Medea*, revistas críticas de desmedida erudición; *Clemencia*, *Antonia y Beatriz*; *Luisa*; *La navidad en las montañas*, novelas y leyendas alguna de ellas inimitable. Altamirano es una de las más notabilísimas figuras de su patria. . . . ¡Llor eterno á su memoria querida!

Pérdida también muy grande para nuestra literatura fué la del joven poeta Carlos López, el de la inspiración valiente y vigorosa, y de las nobles y levantadas imágenes: su muerte fué una pérdida realmente grande, según acabamos de decir, para las letras patrias, que en Carlos López habían llegado á tener un gran mantenedor de sus glorias, una vez que el tiempo y la constancia le hubiesen hecho triunfar de las contrariedades con que tropezó en su vida, por falta de protección de todos esos míseros potentados que no saben tender la mano sino á aquellos que les adulan, género y modo y costumbre de solicitar que Carlos López ignoró siempre. Tuvo hasta la desgracia de que su muerte, ocurrida el 8 de Agosto, coincidiese con uno de los más sensacionales sucesos que han conmovido á nuestra sociedad: el del desafío Romero-Verástegui, en que éste perdió la vida, y por comentar y condenar este drama, la prensa se limitó á simplemente mencionar la desaparición del desventurado poeta, que, como vivió y murió pobre, contaba pocos amigos que se afligiesen y cantasen sus alabanzas.

Tuvo en este punto mayor suerte el muy distinguido Manuel Payno, que largos años figuró en el campo político, y llena muchas páginas en la Historia de México por sus trabajos en los Congresos y en los Ministerios y por su participación en el famoso golpe de Estado de D. Ignacio Comonfort. Como escritor, grandes servicios prestó á la literatura patria, y de gran boga disfrutaron en su tiempo, de 1840 en adelante, sus artículos en el *Museo* y *La Ilustración* y en otros periódicos, ya suscritos con su nombre y apellido, ya con los seudónimos *Yo* y *El Bibliotecario*. Sus novelas de costumbres mexicanas, sus estudios y biografías de compatriotas distinguidos, trabajos publicados unos, inéditos otros, acusan ampliamente su laboriosidad y su talento. Retirado, hacía años, de la vida pública activa, la última época de

su existencia ameritada, los pasó en Europa, en el desempeño de diversas misiones consulares, y á pocos meses de haber regresado á su patria, una doble pulmonía, demasiado fuerte para su avanzada edad, le dió la muerte en su residencia del bello pueblecillo de San Angel, en Noviembre de ese año de 1894 tan funesto para las letras mexicanas.

El lunes 26 del mismo mes, entre ocho y nueve de la noche, de una manera repentina y al entrar á recogerse en sus habitaciones, sin que lo presenciase persona alguna, cayó muerto el ilustre y nunca bien sentido director de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, sabio esclarecido, profundo literato y erudito bibliógrafo D. Joaquín García Icazbalceta. Nacido en México en 1825, de padre español, al emigrar éste en 1829, residió en Cádiz hasta 1836 en que regresó á México, dedicado, como el autor de sus días, á negocios comerciales. Favorecido por la opulencia de su fortuna paterna, García Icazbalceta pudo consagrarse á los estudios históricos y formar una rica biblioteca, en que abundaron los documentos raros y las ediciones antiguas. Con elementos y buen gusto, galano, fácil y correcto en el manejo del idioma, produjo notabilísimos libros, ilustrando y enriqueciendo con excelentes notas y estudios, las obras escasas, curiosas ó inéditas que reprodujo, ya en su pequeña imprenta propia, ya en oficinas tipográficas como la muy conocida de Díaz de León, que él ayudó á fundar. Esas sus obras, *Apéndice á la Historia de la Conquista del Perú*, artículos en el Diccionario de Historia y Geografía; *Colecciones de documentos para la Historia de México*; *Catálogo de escritores en lenguas indígenas*; *Diálogos de Cervantes Salazar*; *Coloquios de González Eslava*; *Biografía de Zumárraga*; *Biografía mexicana*; *Códices*; *Relaciones*; *Artes de lenguas*; y otros cien libros que produjo ó comenzó García Icazbalceta, honrarán siempre al eminente sabio y harán imperecedera su memoria. El distinguido escritor D. Jesús Galindo y Villa, en un artículo consagrado á García Icazbalceta, habla así de sus obras últimas: "El último escrito, que podemos considerar como su trabajo póstumo conocido del público, es un importante y soberbio estudio histórico acerca de la dominación española en México, publicado en el año actual (1894) en el periódico *El Renacimiento*. La muerte sorprendió á nuestro sabio cuando se ocupaba en la formación del *Diccionario de provincialismos mexicanos*, que dejó sin concluir." Los grandes méritos de Icazbalceta, le valieron los nombramientos de individuo de número ú honorario de altísimas sociedades de México, y de toda Europa y toda América; su muerte fué causa de duelo universal para sus admiradores infinitos.

Con todos estos escritores contamos Francisco Díaz de León, como *Editor*, y el que esto escribe, como *Director*, para nuestra poco afortunada empresa de publicar una segunda época del famoso periódico

literario *El Renacimiento*, de que ya se habló en esta obra al referirnos al año de 1869. Siguiendo en un todo la forma y las tendencias de aquél, dimos el primer número de esa segunda época el Domingo 7 de Enero de 1894. Veinticinco años habían transcurrido desde la primera, y muerto treinta y uno de los redactores y colaboradores que en número de setenta y nueve figuraron en la lista del segundo tomo de aquél, y por la misma causa faltaba también uno de los editores. Para nuestra satisfacción, los distinguidos literatos que de aquella ilustre falange quedaban y los de la nueva generación también ilustre, apresuráronse á aceptar la colaboración á que los invitamos. Ninguna distinción ni preferencia establecimos entre ellos, y les dejamos en absoluta libertad de pensar y de decir cuanto al arte se refiriese, siempre que no tocasen asuntos de religión ó de política, pues quisimos que en las páginas de nuestro *Renacimiento* todos respetasen y fuesen respetados. Nuestro propósito fué crear un centro de publicidad literaria, en que dejasen huella los notables talentos con que cuenta hoy México, huella por la cual puedan medir los que nos sucedan la altura alcanzada en nuestro actual progreso literario. Quisimos llenar el vacío que todos lamentaban, por causa del cual, nuestros poetas y literatos veíanse obligados á entregar sus ameritadas producciones á los diarios políticos, donde, según hizo observar uno de nuestros colaboradores, hallan apenas una hospitalidad vergonzante, que las hace pasar sin ser notadas siquiera, por lectores ávidos sólo de noticias sensacionales, y de los detalles de las luchas más ó menos ardientes de los partidos: allí las obras literarias tienen una vida efímera, de sólo un día, porque los periódicos políticos rara vez se coleccionan y sólo un momento ocupan la atención del lector.

Sin la más leve interrupción, con la mayor regularidad, publicamos veinticinco números ó entregas de *El Renacimiento*, hasta el Domingo 24 de Junio en que apareció la última, cerrándose un bonito volumen ó tomo de cuatrocientas cuatro páginas, con más de doscientas producciones en prosa ó en verso y veinticinco láminas en grabado, fotograbado y litografía. Los escritores que contribuyeron con sus producciones á formar ese tomo fueron los siguientes: Francisco y Rafael de Alba, Ramón Aldana y Santa María, Vicente de P. Andrade, Manuel Aristi, Miguel Bolaños Cacho, José María Bustillos, Angel de Campo, Rosa Carreto de Tornel, Felipe Neri Castillo, Rafael Ceniceros y Villarreal, Casimiro del Collado, Alfredo Chavero, Ezequiel A. Chávez, Balbino Dávalos, Juan B. Delgado, Rafael Delgado, Jorge Delorme y Campos, Jesús Díaz de León, Salvador Díaz Mirón, Juan Fastenrath, Enrique Fernández Granados, Hilarión Frías y Soto, Jesús Galindo y Villa, Antonio García Cubas, Joaquín García Icazbalceta, Eduardo Gariel, Luis González Obregón, Manuel Gutiérrez Nájera, José Manuel Gutiérrez Zamora, Joaquín Haro, Francisco

A. de Icaza, Francisco Iturbide, Fernando Juanes González Gutiérrez, Manuel Larrañaga Portugal, José López Portillo y Rojas, Ignacio Mariscal, Félix M. Martínez, Juan A. Mateos, Laura Méndez de Cuenca, Alberto Michel, Melesio Morales, Delio Moreno Cantón, José Bibiano Marín, Josefa Murillo, José I. Novelo, José M. Ochoa, Luis G. Ortiz, Javier Osorno, José Manuel Othón, Joaquín Arcadio Pagaza, P. Peniche, Rafael Angel de la Peña, Antonio de la Peña y Reyes, José Peón del Valle, José Peón y Contreras, Josefina Pérez de García Torres, Ignacio Pérez Salazar, Juan de Dios Peza, J. M. Pinos, Bernardo Ponce y Font, Guillermo Prieto, Manuel Puga y Acal, Vicente Riva Palacio, José P. Rivera, José María Roa Bárcena, Néstor Rubio Alpuche, Eduardo Ruiz, Javier Santa María, Justo Sierra, Francisco Sosa, Gregorio Torres Quintero, Luis G. Urbina, Eduardo del Valle, José María Vigil, Ramón Valle, Eucario Villamil, Juan M. Villela, y Antonio Zaragoza.

En el último número ó entrega dijimos haber cumplido, hasta donde nos fué dable, el breve y sencillísimo programa de reunir en un volumen algunas producciones escogidas de un buen número de escritores mexicanos de la época actual. Ni pretendimos, ni podíamos haber pretendido más: verdaderamente, en empresas de este género, y entre nosotros, el solo honor que se alcanza, es el honor de haberlas intentado.

El primitivo *Renacimiento*, el de 1869, año en que hubo en México verdadera vida literaria, no duró más de doce meses, ni aun bajo la dirección del eminentísimo literato Ignacio M. Altamirano; el segundo, el de 1894, en que el movimiento de las letras no fué en modo alguno comparable á aquél, no debía durar más de seis, encomendado á las débiles fuerzas de nuestra personalidad (sin afectación) humildísima. Parécenos, no obstante, que las firmas que honran este único volumen de la *Segunda época*, no desmerecen, ciertamente, de las contenidas en los dos sus predecesores. Aquél, sólo ofreció sus columnas á *setenta y nueve* escritores, mientras que en éste nos vimos honrados con los nombres de *ciento treinta y cuatro* prosistas ó poetas que se sirvieron aceptar la invitación que para ello se les dirigió. De estos colaboraron en *El Renacimiento* casi las dos terceras partes, viniendo á formar el volumen una verdadera antología de unos ochenta escritores contemporáneos mexicanos. Caso de que á alguien parezca que no todos son eminencias, á nosotros, que no pretendemos de jueces, no nos tocaba aquilatar méritos ni aventurar decisiones; mientras vive un escritor no se puede, en buena ley, decidir sobre sus méritos; quienes menos los muestran hoy, quizás el día de mañana produzcan una ó varias composiciones que iguallen ó superen á las de sus antecesores, pues no siempre se empieza produciendo maravillas.

Las dificultades con que en nuestra marcha de seis meses hubimos

de tropezar, fueron, si bien en menor número é importancia, las mismas con que tropezó el insigne Altamirano. Una parte de la prensa periódica diaria se nos declaró hostil, sin darse tiempo ni aun á formar juicio de la publicación, y su hostilidad abrió en un grupo de lectores ligeros tan considerable brecha, que en poco estuvo que *El Renacimiento* no muriese en su propia cuna. Por suerte, el apoyo moral que nos dispensaron distinguidísimos personajes del partido cuyos fueron los periódicos hostiles, conjuró la crisis, y las adhesiones resultaron suficientemente numerosas para obligar nuestra gratitud. Pero entonces, otro grupo de individuos que, con el *sacristán* de una zarzuela de Ramos Carrión, podrían cantar:

el pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera el que no piense
igual que pienso yo,

puso al *Renacimiento* la tacha de pasarse de *moderado* y aun de tocar en *conservador*: por fortuna, esta acusación, absolutamente injustificada y absolutamente insostenible, no causó el mal que la hostilidad aquella, pues quienes la hacían no figuraban en las listas de suscriptores, ni su murmuración pudo influir en privarnos del concepto en que se nos tiene y hemos mantenido en medio siglo de vida. Otros enemigos nos atrajeron la envidia y alguna otra pequeñez: mas ello no tuvo ni importancia ni novedad, pues como dijo Leopoldo Cano:

“dos cosas nunca hallarás:
un alacrán sin veneno,
y un necio que encuentre bueno
lo que escriben los demás.”

Todo, repitámoslo, aunque en mayor escala que nosotros, hubo de sufrirlo *El Renacimiento* en su primera época: vióse entonces atacado y censurado con endecible inquina, al extremo de encontrarse tan mal, que sus propietarios y directores hubieron de pasar su propiedad á Francisco Diaz de León, en pago de la deuda que contraído habían en su imprenta.

Para íntima satisfacción, abundaron para nuestra empresa los elogios de personas distinguidísimas: el celebradísimo escritor Manuel Gutiérrez Nájera, tan conocido por su seudónimo *El Duque Job*, se sirvió decir en *El Partido Liberal* lo que sigue: “El nuevo *Renacimiento*, bien dirigido y con pulcritud y elegancia impreso, es un refugio, un asilo, para los buenos escritores. Enrique de Olavarría y Ferrari es Director de la publicación, como quien dice, el amo de la casa; y á la ca-